

MARIPOSAS DE AGERO

DAVID OLIER



NO HAY ENEMIGO MAS TERRIBLE
QUE EL QUE DOMINA TUS PENSAMIENTOS

MARIPOSAS DE ACERO

por David Olier

© David Olier - 2020

© del diseño de portada, Javier Morán Pérez

Primera edición en libro electrónico: junio de 2020

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los autores del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

El tiempo y el esfuerzo dedicados en la creación de este contenido han supuesto centenares de horas de trabajo de su autor. **Si te gusta: cómpralo o recomiéndalo.**

A ti Diana,
que algún día leerás «los cuentos de papá»
y verás que son algo muy distinto a lo que esperas

Capítulo I

Ciudad: Jieti Shi

Sector: 4

Ubicación: Centro Reproductor

Año: CLASIFICADO

Memoria: CLASIFICADA

Tres figuras recorrieron con rapidez los pasillos exteriores del área de reproducción de la ciudad. La noche, coronada por un cielo sin estrellas ni luna, tapaba aquello que el nanotejido de ocultación dejaba a la vista. De los guardias del perímetro ya se habían hecho cargo las armas que llevaban.

Uno de ellos, el único con derecho real a estar allí, guió al resto a través del laberinto de cámaras, centros de investigación y salas de implantación. Al llegar al corazón del edificio, hizo un gesto hacia una pequeña puerta en el lateral de un corredor de mantenimiento y se apartó para dejar que las dos sombras que lo acompañaban hicieran su trabajo.

Con la precisión de un equipo de neocirujanos, la pareja se deshizo de las cerraduras mecánicas de la portezuela y dejó al descubierto el túnel que los llevaría a su destino. Su guía, investigador de alto rango del centro, revisó el trabajo y asintió satisfecho.

—Que la libertad os acompañe al final de vuestra caída —dijo antes de darse la vuelta y desaparecer de allí.

Las sombras se colaron por el hueco y cerraron la puerta blindada tras de sí. Al otro lado, formando un pozo que nacía por encima de sus cabezas y se perdía en las profundidades de la tierra, se extendía el núcleo reproductor de toda la ciudad escalonada de Jieti Shi.

—¿Estamos en el nivel correcto? —dijo uno de ellos después de quitarse la máscara de protección del traje mimético.

—¿Tantas vidas y todavía dudas de mí? —respondió su compañera—. La fuente genética que buscamos está en el cuarto paralelo, dos metros por debajo de nosotros.

Tras una breve caricia, ambos descendieron sin más protección que sus manos y sus pies. Extrajeron la cápsula criogénica de uno de los millones de cofres de cristal que cubrían las paredes del gigantesco lugar y la sustituyeron por la réplica modificada que llevaban consigo.

Contuvieron la respiración mientras el distribuidor genético la introducía de vuelta al sistema y verificaba su integridad. Una luz azul les indicó que el Entramado no había notado el cambio y que su misión había sido un éxito. La mujer besó los labios de su compañero.

—Espero volver a verte pronto.

Se dejó caer al vacío sin esperar una respuesta. Él, con más resignación que tristeza, desplegó las membranas de tela de su traje aéreo y se lanzó detrás de ella. Sus cuerpos se perdieron en las profundidades del purificador de residuos de la planta.

Ciudad: Jieti Shi

Sector: 3

Ubicación: Aerotrén XC

Año: 256 n.h.

Memoria: CLASIFICADA

Horas antes del alba, un neohumano sin vida se desplomó dentro de las oficinas. La alarma se propagó por la red Neoex antes de que el cuerpo tocara el suelo, antes de que nadie viera lo sucedido. Él no podía ver en cada uno de los rincones de la ciudad, pero sabía cuándo se apagaba una de sus mariposas.

Minutos más tarde, un equipo de respuesta automática descendió con sus aeromotos en el hangar del nivel 84 del edificio Aximofu. Sus cuerpos, grandes y musculosos, refor-

zados con exoesqueletos de combate, no necesitaron acreditación alguna para que el personal de seguridad los dejase pasar. Los permisos que llevaban insertados en sus mariposas les abrirían cualquier puerta.

El comandante, con el distintivo de su rango brillando en el refuerzo pectoral de su armadura, se rascó la cicatriz que corría a lo largo de su rostro. ¿Cómo diablos había muerto un neohumano dentro de uno de los edificios mejor protegidos de la ciudad?

Supo que las dudas habían atravesado el enlace de comunicaciones del equipo cuando su segundo abrió la boca para pedir órdenes.

—No hay que anticipar problemas —dijo el comandante, adelantándose a la pregunta—, estamos en el mejor lugar para un suceso como este. Bajad el cuerpo al CAR e informad al responsable. Que nadie os vea, no queremos que el personal se ponga nervioso.

—¿Quiere que informemos a la central?

—Sin informes. Yo me encargo de Él.

Cortó la conexión que compartía con su equipo y volvió al hangar. Tenía cinco minutos de viaje para preparar su discurso ante el Entramado.

Ciudad: Jieti Shi

Sector: 5

Ubicación: Sede NeoTech

Año: 256 n.h.

Memoria: Xin Po Huai

La ciudad se extendía ante Xin con su habitual manto de silencio. Las paredes reforzadas del aerotrén que atravesaba los bloques interiores del sector cinco no permitían el paso de ningún sonido exterior. Sumirse en sus pensamientos lo hacía removerse inquieto en el asiento. Como cada día de los últimos quince años.

Todo el aerotrén parecía un mausoleo de muertos que aún no sabían que lo estaban. Nadie hablaba, nadie reía y nadie miraba más allá del respaldo que tenían delante. Si al

menos uno de ellos hubiera sentido los mismos deseos de Xin por conversar... Pero la parte pública de los sistemas de comunicación de sus mariposas estaban cerrados para evitar que gente como él se entrometiera en su vida y sus pensamientos.

Cada día, en su trabajo como ingeniero neuronal, estudiaba el interior de cientos de neomentes distintas. Conocía su funcionamiento y sus secretos —al menos de la parte artificial de sus mentes—, y nunca tenía la oportunidad de saber cómo eran esas neopersonas en realidad. De dónde venían, dónde habían crecido, qué sectores habían visto, cuál era su formación... Xin no sabía de ellos nada más que lo que decía el código de sus mariposas.

Allí, en el aerotren, la sensación de aislamiento y soledad era peor. No podía levantarse y hablar con ellos, interesarse por sus vidas o preguntar en qué trabajaban porque aquella estúpida barrera invisible lo separaba de la gente que vivía o trabajaba en sectores diferentes al suyo. Cualquier ciudadano del Imperio de Taisia tenía derecho a que Xin y el resto de NeoTech revisase, actualizase y corrigiese el software de sus mariposas. Sin embargo, no tenían la libertad de sentarse en cualquier parte del aerotren, entablar conversación con el resto de viajeros o expresar sus pensamientos en voz alta.

Levantó la mano para rascarse la nuca y sus dedos rozaron el CCE que conectaba la mente de todo ciudadano con la red Neoex y con los actuadores de su neoesqueleto, sin saber si se sentía solo porque tenía implantada una mariposa o si esa mariposa tenía como función aislarlos a todos dentro de sí mismos.

Cuando el aerotren cruzó la sombra de la aguja de comunicación que marcaba la frontera de salida del sector cinco, Xin aparcó sus pensamientos. Durante siglos, para todos los que vivían en la antigua Asia, el número cuatro, con su pronunciación tan similar a la palabra *muerte*, había sido sinónimo de mala suerte. Un número que había que

evitar. Daba igual que el Entramado hubiera convertido su sector cuatro en el más importante de cada ciudad escalonada, el cerebro orgánico seguía agarrándose al respeto, a la tradición, a la parte imperfecta de su humanidad que las mariposas no habían logrado mejorar.

Pasada la frontera, el gigantesco complejo de reproducción de Jieti Shi, el segundo megabloque más avanzado de la ciudad escalonada, llenaba el horizonte. Allí trabajaban miles de neos mejor preparados que él recogiendo el material genético de los ciudadanos, analizando las variaciones de la población, las necesidades de la neosociedad y propiciando el nacimiento de las nuevas generaciones. El Entramado, con su vasta inteligencia, no dejaba al azar ningún elemento de su imperio. Por eso la vida nacía en el sector *muerte*.

Por encima se elevaba el único edificio visible desde cualquier punto de la ciudad. El pináculo central que albergaba la parte local de la entidad cibercognitiva que gobernaba el continente; el eje en torno al que giraban las vidas de todos los neohumanos de Jieti Shi: la torre Neoex.

El sol sobrepasó la muralla exterior de la ciudad en el mismo momento en que el aerotrén circulaba por el lateral del complejo de reproducción. Sus rayos, amplificadas por la disposición descendente de los anillos de la ciudad, incidieron de lleno en la Torre, haciéndola brillar con luz propia. A su alrededor, el jardín que conformaba el anillo central se iluminó en todo su esplendor. Solo cuando el aerotrén salió del espacio protegido del sector cuatro y entró en el sector tres, Xin se dio cuenta de que contenía la respiración.

No era capaz de recordar en qué estaba pensando antes del amanecer. Su inteligencia quedaba reducida al nivel de una mente estúpida cada vez que atravesaba el sector muerte.

Suspiró. Nada de eso importaba ya. El edificio Aximofu, situado en una zona privilegiada del sector tres, estaba a la

vista. La paz del viaje terminaba ahí, engullida por la voracidad del día a día.

Delante de él, oculto ahora por la sede NeoTech, crecía el vergel central de Jieti Shi; a los lados se extendía el anillo de la ciudad media y a su espalda, como una muralla eterna, se elevaban los megabloques de la ciudad exterior. Otro motivo más para encender su enfado. Un recordatorio constante de que el Entramado, en su incomprensible, absoluta y pesada omnipotencia, había construido Jieti Shi para encauzar sus pensamientos y servir a un fin que iba más allá del individuo. La belleza estaba bien para el viaje, para despertar su ánimo y hacerle olvidar sus dudas, pero no servía de nada a la hora de trabajar. Y él era una pieza más en el gran engranaje de todas las cosas que solo importaba para hacer girar la maquinaria imperial.

Suspiró una vez más.

Al menos no tenía que enfrentarse a otro chequeo de aptitud. Tenía dos semanas más para purgar su mente y su mariposa de todo rastro de dudas sobre el sistema. Aunque sabía que volverían, siempre lo hacían. El neosistema estaba podrido y él no siempre lo vería de tal y como era.

Se dejó llevar por la armonía de las hileras de puestos de trabajo, de los colores blancos y metalizados de los terminales, de la luz brillante de la malla lumínica y del silencio de la oficina. Lanzó su mente ampliada por la mariposa hasta su terminal mucho antes de llegar a su asiento y dejó de ver la parte neo de sí mismo como un enemigo.

Xin, con su cerebro extendido, tenía la capacidad de *decidir* sentirse en calma con el mundo. Podía acallar sus voces interiores, aislarlas y apartarlas en un banco de memoria o simplemente borrarlas.

Podía ser quien quisiera.

Sin embargo, decidió mantener sus dudas cerca de la superficie. Por un lado se sentía incapaz de cercenar una parte de sí mismo, por otro, Xin Po Huai tenía la mente afi-

lada de tanto cuestionar su vida, haciendo de él uno de los ingenieros neuronales más brillantes que tenía Jieti Shi. No podía arriesgar su futuro por alinear sus pensamientos con los dictámenes del Entramado. Al fin y al cabo, sus fallos y sus virtudes lo convertían en lo que era.

Para cuando llegó a su puesto, tenía la mente despejada y había decidido y ordenado la secuencia de tareas en las que iba a trabajar aquel día. Con un pensamiento seleccionó la primera de ellas y antes de que su cuerpo tocara el asiento, los neuroactuadores de sus manos se desplegaron ansiosos.

Como las patas de una araña metálica, diez apéndices articulados salieron de los dorsos de sus manos y comenzaron a teclear líneas de código a una velocidad difícil de seguir a simple vista.

Solo entonces se sintió satisfecho.

—Ingeniero Po Huai, necesito que vengas conmigo al CAR.

La voz restalló como un látigo en su concentración. Su mente saltó del código a la realidad y respondió con enfado.

—Kun es el que se encarga del CAR, habla con él.

—No lo quiero a él, te quiero a ti —la voz mantuvo su tono y se volvió más cortante—. Además, no te lo estoy pidiendo.

Xin lamentó sus palabras antes de que su jefe terminara de hablar. Yun Fu Don sería un imbécil, pero no tenía la culpa de su humor. Replegó sus aracnodedos, puso las reparaciones en pausa y giró la silla para mirar a su jefe a los ojos.

—Disculpe mis formas, jefe de sección Fu Don —dijo agachando la cabeza—. Sé que no es excusa, pero trabajo en un caso especialmente...

—Me importa bien poco que anoche no encontrases alivio en las casas del placer, que se te resista una mariposa o

que tu unidad de sueño esté rota. Desvía tus tickets a la bolsa de trabajo del departamento y sígueme.

El Centro de Actualización y Reparación era un lugar al que pocos querían bajar. Todos los ciudadanos le tenían un miedo visceral. A lo largo de su educación se les inculcaba que incumplir el código de conducta del Imperio haría que sus mariposas dejaran de funcionar y que acabasen postrados en el CAR. Xin, con sus años de experiencia en NeoTech, sabía que esa amenaza era un disparate, pero conocía de primera mano la realidad que había en el mensaje.

Además, disfrutaba con los retos mentales, no físicos. La dificultad teórica de desentrañar cuál de las capas de la cebolla que conformaba el interior de las mariposas estaba fallando, de encontrar la línea de código corrupta o de diseñar una función que estabilizase el alineamiento hombre-máquina, eran lo que le motivaba día tras día. Y para eso bastaba con una réplica de cada CCE y del resto de actores del exo, no necesitaba ver un neocuerpo para hacerlo.

Bajar al CAR, a los laboratorios inferiores, implicaba dejar esa faceta teórica atrás. Abandonar la seguridad de las pantallas para enfrentarse a la realidad de los cuerpos desnudos e inertes de sus compatriotas, postrados en camas por el funcionamiento erróneo de alguna de las partes de sus neoesqueletos. Los retos perdían su glamour y la neomuerte entraba a formar parte de la ecuación.

Xin maldijo. El eco de su maldición se esparció desde su mariposa hasta cada fibra, sintética y orgánica, de su ser. Hueso y metal se negaron a responder.

—Sé que no es agradable, pero debes hacerlo —la voz de su jefe transmitió una calidez inusual.

El deber, por muy absurdo que le pareciera, era algo contra lo que no podía luchar. Se levantó de su puesto de trabajo y siguió a su jefe. Yun Fu Don avanzó con paso vivo y entró en el ascensor central. El lector CCE verificó las autorizaciones de sus mariposas y, siguiendo su orden silen-

ciosa, seleccionó el nivel de destino. Como dientes metálicos sobre su alma, las puertas se cerraron. Xin notó que la capa de protección con la que se cubría en el trabajo desaparecía y lo arrastraba de vuelta al centro de sus dudas.

La entidad cibercognitiva conocida como Entramado fue creada para que hombre y máquina se convirtieran en uno. Para ser un dios omnipotente que liberase a la humanidad de su ego y su corrupción. Para que no hubiera más intereses que los de la neohumanidad dirigiendo el Imperio, a diferencia de lo que sucedía en los territorios occidentales, donde reinaban el egoísmo y la putrefacción de una sociedad envilecida. Pero las mariposas fallaban, las mentes no se acoplaban a sus CCE y los neohumanos morían por ello.

Él, en su infinita sabiduría, necesitaba a gente como Xin para arreglar esos problemas. Gente que navegase por las profundidades de la mente orgánica y digital de la neohumanidad a la caza de esos errores.

Como si fueran cirujanos, los ingenieros neuronales disecionaban código e impulsos eléctricos, aislaban cada uno de los *órganos* de la mariposa y la mente de la neohumanidad y diseñaban una solución duradera. Sin embargo, a diferencia del cuerpo médico del imperio de Taiasia, Xin y sus compañeros tenían los movimientos restringidos.

Daba igual que el problema estuviera claramente allí, que el rastro del error se perdiera en sus fronteras o que sus respuestas fueran ilógicas, Xin no podía acceder al núcleo de ningún CCE. Ardía en deseos de hacerlo, de conocer el verdadero mecanismo de control de los neoesqueletos, de la neohumanidad, pero las capas internas de las mariposas estaban vetadas para cualquiera que no fuera Él.

Apretó los puños.

Bajar al CAR sin acceso al núcleo era como pedir a un humano no modificado que luchase contra un no-hombre. Daba igual lo bien armado o entrenado que estuviera, su muerte estaba asegurada. El neohombre, neomujer o

neohíbrido que lo esperaba abajo ya estaba condenado, independientemente de lo que hiciera. Pero el protocolo exigía que los casos más graves fueran tratados en su propia fuente, sin copias ni variables que pudieran pervertir el análisis. Sabía que tenía que bajar. No tenía sentido anticiparse al olor rancio de los cuerpos crioconservados, a las bajas temperaturas o al inevitable sentimiento de mortalidad que llenaba el CAR. El Entramado dictaba las normas y él las tenía que acatar.

Los chirridos, gemidos y chasquidos mecánicos del laboratorio sacaron a Xin de su ensoñación. Allí abajo no podía disfrutar de la serenidad que empapaba el resto de la sede NeoTech.

Yun, más acostumbrado que él a bajar allí, salió del ascensor y esperó a que lo siguiera. Xin, por contra, se sintió incapaz de dar un paso más allá de las puertas.

Hacía tiempo que la neohumanidad había superado el miedo a las enfermedades y plagas que arrasaban el resto del planeta. Cáncer, infarto o gripe eran problemas que afectaban solo a la vieja humanidad, a sus carcasas obsoletas de carne y hueso, y los hacía vivir conscientes de que la muerte los acechaba desde que abrían los ojos al mundo. En Euranma, en los viejos continentes de Europa y América, allí donde combatían contra la unidad y la paz del Entramado, rezaban a entidades etéreas, a dioses con poderes sobrenaturales e imposibles. Confiaban en algo que no podían entender, controlar ni explicar para que los mantuviera sanos por muchos años. Ellos, la nueva humanidad, tenían medios y soluciones racionales para acabar con esa sombra de una muerte prematura y no natural. El final en el Imperio era algo anecdótico y lejano para un neohumano.

Salvo para aquellos que bajaban al centro de atención y reparación de CCE.

El corazón de Xin bombeaba con fuerza. Un bloqueo nervioso, una descarga de datos excesiva, una mente co-

lapsada, neuroactuadores funcionando sin control... Había muchos motivos por los que el equilibrio entre la mariposa y el humano se podía romper. Quizá no morirían por un virus, pero su CCE podía partirlas la columna por la mitad si enviaba la orden incorrecta al actuador adecuado.

Bajar allí era absurdo. Si la copia digital del sistema neonervioso del desdichado no servía de nada, solo Él podía conocer los motivos de su mal funcionamiento. Sin acceso al núcleo, sin experiencia de campo, sin...

Necesitaba salir de allí.

Su mariposa, tan eficaz en protegerlo de sí mismo como lo era él en su trabajo, se interpuso entre el pánico y él. Realizó varias descargas en puntos específicos de su espalda, su cabeza y sus pies, reguló la emisión de ciertas hormonas, el sistema de soporte vital le marcó un ritmo de respiraciones largas y profundas y su mariposa lo invitó a explorar la parte lógica del CAR.

Fruto de la naturalidad de haber crecido juntos, el cerebro de Xin se plegó a los deseos del software de control de su mariposa. Las probabilidades reales del fallo catastrófico de un CCE eran menores al uno por cada millón. Era casi imposible que sucediera dos veces en el mismo día e imposible que sucediera en el mismo sector. El viaje al CAR no aumentaba las probabilidades de fallo y, de ser así, estaba en el único sitio del planeta que podía ofrecerle ayuda.

Poco a poco, las alarmas que parpadeaban superpuestas a su visión desaparecieron y volvió a tener el control de sí mismo.

Yun Fu Don, a pesar de ser uno de los jefes más implacables que había tenido, esperaba, paciente, a que saliera del ascensor.

—Gra... gracias —balbuceó Xin—. Creo que ya puedo seguir.

Su jefe asintió.

—No tienes por qué avergonzarte, ingeniero Po Huai. Los cuerpos aquí presentes suelen tener ese efecto sobre